

Pues porque le déis cumplido
El contento, y le tengais
(Pues lo que el suyo estimais
Tanto habeis encarecido),
Decilde, no solamente
Que le estoy agradecida,
Pero tan ciega y rendida
Al amoroso accidente,
Que esta noche ha de lograr
La licencia.

FILIPO.
¿Qué decis?
AURORA.

Parece que lo sentís.
FILIPO. (Ap.)
No puedo disimular.
Partiré sin hablalla;
Que tan en los labios siento
La furia de mi tormento,
Que no podré refrenalla
Si los abro, y aun sospecho,
Segun el mal me atormenta,
Que por los ojos revienta
El incendio de mi pecho.

(Quiere irse.)
AURORA.
¿Sin hablar os despedís?
¿Qué es esto? Volved, mirad,
Filipo, que no es verdad
Lo que he dicho.

FILIPO.
¿Qué decis?
AURORA.

Que nada al Rey le digais
De lo que me habeis oído;
Que fué fingido.

FILIPO.
¿Fingido?
AURORA.

Parece que os alegráis.
FILIPO.
Parece que no os ofende
El ver que me alegre yo.

AURORA.
A ninguno le pesó
De alcanzar lo que pretende.

FILIPO.
Pues ¿qué intento conseguistes,
Bella Aurora, en este efeto?

AURORA.
Ver declarado un secreto
Que encubrirme pretendistes.

FILIPO.
¿Qué secreto os he negado,
Cuando serviros me toca?

AURORA.
El que, á pesar de la boca,
Los ojos han confesado.

FILIPO.
Pues ¿qué vistas en mis ojos,
Que á mis labios contradiga?

AURORA.
Pena de que el Rey consiga
Remedio de sus enojos.

FILIPO.
Pues, Aurora, con razon
Puedo sentir, siendo así,
Que valga ménos aquí
La verdad que la ficcion.
Porque si pudo contigo
Más crédito conseguir
Lo que te muestro al sentir
Que lo que al hablar te digo,
Notorio agravio me has hecho
En responder falsamente
A lo que la boca miente,
Y no á lo que siente el pecho.

AURORA.
¿Luego es cierto lo que yo
De tu aspecto colegí?

FILIPO.
¿Quieres que diga que sí?
AURORA.

FILIPO.
¿Y podrás decir que no?
Diré lo que tú gustares.

AURORA.
¿Es bien que yo, aunque te amara,
Primero me declarara?

FILIPO.
¿Digo yo que te declares?
¿O pudo mi desvarío
Prometerse por ventura
Que ocultase tu hermosura
Pensamiento en favor mio?

AURORA.
¿Tan poco fias de tí,
Teniendo tanto valor?

FILIPO.
Luego ¿estimarás mi amor?
AURORA.

FILIPO.
¿Quieres que diga que sí?
Si nadie te mereció,
¿Quién será tan atrevido?

AURORA.
¿Quién tan venturoso ha sido,
Que se lo pregunto yo.

FILIPO.
Segun eso, Aurora, hablar
Podemos claro los dos.
Yo te adoro.

AURORA.
¿Gloria á Dios,
Que llegamos al lugar!

FILIPO.
Desde el punto que te vi
Te sujeté el albedrío:
Este delito no es mio,
Si es delito, tuyo sí;
Que si con poder violento
Me abrasó tu rostro hermoso,
El rendimiento forzoso
No fué libre atrevimiento.
Esto digo solo, Aurora,
Por disculpar el error
De haberte tenido amor
Sabiendo que el Rey te adora.

Que á no ser tal ia ocasion,
En tus méritos se ve
Que, como por fuerza amé,
Amara por elecion.
Mas no pienses que encubrí
Hasta agora el amor mio
Por temor del Rey, tu tio;
Por respeto tuyo sí;
Que fuera, Aurora querida,
No tenello ó no estimallo,
Si á precio de confesallo
No despreciara la vida.
Solo temer tus enojos
Mis labios tuvo oprimidos,
Porque aun juzgaba atrevidos
Los indicios de mis ojos.
Pero, como á tu grandeza
Atreverme ofenderia,
No mostrar que te queria
Ofendiera tu belleza:
Y así de entrambos agravios
Evité las ocasiones,
Diciéndolo las acciones
Y negándolo los labios;
Que aunque decir mi tormento
Es lisonja de tu gloria,
Pues confieso la victoria
Que llevas del sufrimiento,
Y es más fineza perderme,
Publicando mi pesar,
Que privarte con callar
De la gloria de vencerme;
Refrené el atrevimiento,
Viendo que no es recompensa
De tu más liviana ofensa
Mi más grave rendimiento;
Y callando mis cuidados,
Por no ofenderte muriera,
Si tu piedad no rompiera
Al silencio los candados.
Ya los rompí, y tan dichoso
Soy ya, que no me has oído
Ménos humana atrevido,
Que me mirabas medroso.
Y así, Aurora, manda, ordena,
Dispon de mí y de mi vida;
Que en ventura tan crecida
Que de seso me enajena,
Ni discurre el pensamiento
Más que para obedecerte,
Ni más que para quererte
Me ha quedado entendimiento.

AURORA.
Filipo, tres voluntades
Os pone amor que vencer;
Que se precia de emprender
Donde hay más dificultades.
La de mi padre y la mia
Y la del Rey, todas tres
Han de conformarse, ó es
Inútil vuestra porfía.
Dionisio me adora ciego,
Y mi padre á Policiano
Ha prometido mi mano;
Yo, aunque en amoroso fuego
Me abraza, sin su licencia
No me he de determinar;
Mi padre no la ha de dar
Si el Rey hace resistencia.
Él ya veis si la ha de hacer,
Pues sabeis su amor ardiente:

Ved si tanto inconveniente
Os atreveis á vencer;
Que dellos dos granjeada
La voluntad, de la mia
No dudeis; que aunque debía
No responder declarada,
Segun la ley de mi estado,
Fuera recato perdido,
Tras lo que os he respondido
Con haberos escuchado.

FILIPO.
No hay cosa que yo no pueda,
Pues tu favor merecí;
Que de la fortuna así
He puesto un clavo á la rueda.

AURORA.
¿Mi favor es tu fortuna?
FILIPO.
Como es mi bien tu belleza.

De bien diferentes afectos son las escenas tercera y cuarta de *Los pechos privilegiados*. (Acto 1.º)

REY.
¿Rodrigo!
RODRIGO.
¿Señor!...

REY.
Agora
A buscaros enviaba;
Que ya sin vos dilataba
A muchos siglos un hora.

RODRIGO.
¿Cuándo pude merecer,
Señor, gozar tan crecido
Favor?

REY.
A tiempo he venido
En que el vuestro he menester.
RODRIGO.
Hoy mi ventura de nuevo
Comenzaré á celebrar,
Si en algo empiezo á pagar
Lo mucho, señor, que os debo.

REY.
En algo no; en todo, amigo,
Me daré por satisfecho.

RODRIGO.
Acabe pues vuestro pecho
De ser liberal conmigo.

REY.
Yo estoy (por decirlo todo
De una vez) enamorado;
Y es tan alto mi cuidado
Que no puedo tener modo
De remediar mi pasion
Si vos no sois el tercero,
Porque las prendas que quiero,
Preudas de Melendo son.

RODRIGO. (Ap.)
¿Ay de mí! Leonor será:
¿Quién lo duda?

REY.
Vos, Rodrigo,
Sois tan familiar amigo
Del Conde, que no podrá

AURORA.
Si estriba en mí su firmeza,
No temas mudanza alguna
Mientras no la merecieres.

FILIPO.
Quien ama no desobliga.
Pero ¿qué quieres que diga
Al Rey?

AURORA.
Lo que tú quisieres.
FILIPO.

FILIPO.
¿Y no lo que me ordenabas?
AURORA.

FILIPO.
Era engaño.
AURORA.
¿Con qué intento?
AURORA.
Para ver si, del tormento
Apretado, confesabas.

FILIPO.
¿Luego le aborreces?
AURORA.
Sí.

FILIPO.
¿Y á Policiano?
AURORA.
La mano
Por mi padre á Policiano
Contra mi gusto ofreci.

FILIPO.
¿Luego solo soy dichoso?
AURORA.

FILIPO.
Solo alcanzas mi favor.
AURORA.
Pues perdone el Rey; que amor
Es dios, y es más poderoso.

Darme mayor confianza
Otro que vos, ni tener
Ocasion de disponer
Los medios á mi esperanza,
Que, como á su bien mayor,
A los favores aspira
De la hermosa doña Elvira.

RODRIGO. (Ap.)
Cobró la vida mi amor.

REY.
Este es el bien que pretendo
Por vuestra mano alcanzar.

RODRIGO.
¿Temeis que os ha de negar
La de su hija Melendo,
Si os quereis casar, señor?
Declaráos con él; que es cierto
Que alcanzaréis por concierto
Lo que intentais por amor.

REY.
¿En tan poco habeis creído
Que me estimo, que os pidiera,
Si ser su esposo quisiera,
El favor que os he pedido?

RODRIGO.
¿Y en tan poca estimacion
Os tengo yo, que debía
Presumir que en vos cabia
Injusta imaginacion?
¿Y en tan poco me estimais,
O me estimo yo, que crea
Que para una cosa fea
Valeros de mí querais?
Y al fin, ¿tan poco entendeis
Que estimo al Conde, que entienda
Que vuestra aficion le ofenda,
Si ser su yerno podeis?

REY.
A mí y al Conde y á vos,
Rodrigo, estimar es justo;
Mas ni tiene ley el gusto,
Ni razon el ciego dios.
Y cuando Sancho García,
Conde de Castilla, intenta

(Porque así la paz aumenta
Entre su gente y la mia)
Darme de doña Mayor,
Su hermosa hija, la mano,
Y el leonés y el castellano
Tuvieran por loco error,
Pudiendo, no efetuallo,
¿Con qué disculpa ó qué ley
Trocara su igual un rey
Por la hija de un vasallo?

RODRIGO.
Pues si en eso corresponde
A la razon vuestro pecho,
¿Por qué tambien no lo ha hecho
Para no ofender al Conde?

REY.
Porque lo primero fundo
En buena razon de estado,
Y en estar enamorado,
Que es sinrazon, lo segundo.
Esto habeis de hacer por mí,
Si es que mi vida estimais,
Y si el lugar deseais
Pagar que en el alma os di.

RODRIGO.
Señor, mirad...
REY.
Ciego estoy:
No me aconsejéis, Rodrigo.
Esto haced, si sois mi amigo.

RODRIGO.
Alfonso, porque lo soy,
Os pongo de la verdad
A los ojos el espejo;
Que se ve en el buen consejo
La verdadera amistad.

REY.
Yo me doy por advertido,
Y del consejo obligado,
Mas pues, habiéndole dado,
Con quien sois habeis cumplido,
Determinándome yo
A no tomalle, Rodrigo,
Debe ayudarme mi amigo
A lo mismo que culpó.

RODRIGO.

Nunca disculpa la ley
De la amistad el error.

REY.

¿Disculpa quereis mayor
Que hacer el gusto del Rey?

RODRIGO.

Antes seré más culpado,
Y de eso mismo se arguye,
Porque del Rey se atribuye
Siempre el error al privado.
Y con razon; que es muy cierto
Que el divino natural
Que da la sangre real
No puede hacer desacierto,
Si al genio bien inclinado
De quien solo bien se aguarda,
Hacen dos ángeles guarda
Y aconseja un buen privado.

REY.

Líbreaos Dios que la pasión
Del amor sujete al Rey;
Que ni hay consejo ni ley,
Ni sangre ni inclinación;
Antes llega á enfurecer
Con tanta mayor violencia,
Cuanta mayor resistencia
Tuvo el amor que vencer.
Y puesto que me venció,
Y he llegado á resolverme,
Os toca ya obedecerme,
Si aconsejarme os tocó.

RODRIGO.

Señor, la misma razon
Por que á mí me lo encargais,
Hace, si bien lo mirais,
La mayor contradicción;
Que si á Elvira puedo hablar
Por ser amigo del Conde,
Con eso mismo os responde
Mi fe que me he de excusar;
Pues ni yo fuera Rodrigo
De Villagómez, ni fuera
Digno de que en mí cupiera
El nombre de vuestro amigo,
Si solo por daros gusto
En un caso tan mal hecho,
Hiciera á un amigo estrecho
Un agravio tan injusto.

REY.

Si os sentís más obligado
A su amistad que á la mía,

Mostrar que estos pasajes están bien pensados y escritos me parece tarea inútil; con oírlos basta. Pues así escribe ordinariamente ALARCON, como lo verificará por sí quien abriere por cualquier parte este libro. La comedia menos feliz de las suyas está hablada de esta propia manera: como poeta no es igual nuestro ALARCON en todas sus producciones; como escritor, comedias tiene de poco mérito, cuya versificación y lenguaje son mejores que el de sus obras maestras: más corrección hay por ventura en la comedia de *Quien mal anda* que en *La verdad sospechosa*. En *La manganilla de Melilla*, especie de comedia de magia, una de las menos recomendables de nuestro poeta, despues de la del *Anticristo*, se halla este vigoroso diálogo entre un caudillo español y un moro:

ACEN.

¿Quieres por una mujer
Perder la vida y honor?

VANEGAS.

Moro, yo tengo valor

Servirame esta porfia
De haberme desengañado;
Pero si valgo, Rodrigo
De Villagómez, con vos
Más que el Conde, una de dos:
Hacerlo, ó no ser mi amigo.

RODRIGO.

Si yo no lo he merecido
Por mi sangre y mi valor,
Muy caro dais el favor,
A precio de honor vendido;
Que ese es modo con que suele
Levantarse á la privanza
Del Rey, solo quien no alcanza
Otras alas con que vuela;
Mas no quien pudo llegar
Por sus partes á subir,
Y merece con servir,
Y no con lisonjear.

REY.

Vuestra opinion os engaña;
Que á quien lisonjas desea,
Sirve quien le lisonjea
Más que quien le desengaña.
Y para que os reduzgaís,
Advertid que es necedad
Perder de un rey la amistad
Por lo que no remediais;
Que para este fin, Rodrigo,
Mil vasallos tendré yo
Sin dificultad; vos no
Fácilmente un rey amigo.

RODRIGO.

Para hacer yo lo que debo,
Solo á lo que debo miro;
Ni á otros efectos aspiro
Ni de otras causas me muevo.
Lo que yo solo no hago,
Decís que muchos harán;
Mas esos mismos darán
Lustre á la deuda que pago;
Pues cuando os pierda, señor,
Dirán que entre tantos fui
Solo yo quien me atreví
A perderos por mi honor.
Los malos honran los buenos,
Como honra la noche al día;
Que sin tinieblas, tendria
El mundo la luz en ménos.

REY.

Basta; que es poco respeto
Tanto argumentar conmigo;
Y advertid, si como amigo

Os descubrí mi secreto,
Supuesto que os resolvéis
A no hablar á la que adora
Mi pecho, que os mando agora,
Como rey, que lo calleis
Y no me volvais á ver;
Que si á precio del honor
Juzgais caro mi favor,
Debiérades entender
Que en esta cumbre que toco
Es el más alto interes
Ser mi amigo; y si lo es,
Nunca mucho costó poco. (Vase.)

RODRIGO. (Solo.)

¿Esto es servir? ¿Estos son
Los premios de la fineza,
Los fines de la grandeza,
Los frutos de la ambición?
¿De modo que la razon
No ha de ser ley, sino el gusto,
Y que cuando el Rey no es justo,
Quien conserva su privanza
Viene á dar cierta probanza
De que tambien es injusto?
Pues no, no perdais, honor,
La alabanza más segura;
Que ser privado es ventura,
No quererlo ser, valor.
El privar es resplandor
De ajenos rayos prestado,
Y es luz propia haber mostrado
Que quiso ser más Rodrigo
Buen amigo de su amigo,
Que de su rey mal privado.
Perdí su gracia y mi amor
A Leonor; que es justa ley
Que sin licencia del Rey
No me dé el Conde á Leonor.
Su indignacion y mi honor
Pedilla me han impedido,
Pues su sangre he ya entendido
Que quiere el Rey ofender;
Mas el valor en perder
Hace lograr lo perdido.
Perdiendo pues, corazon,
Ganemos la mayor gloria;
Que es la más alta victoria
Vencer la propia pasión.
Combátame la ambición,
Aflíjame el amor loco;
Que en estas desdichas toco
De la virtud el valor,
Y si es ella el bien mayor,
Nunca mucho costó poco.

Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalban hizo de él honorífica mencion en su *Para todos*; Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su *Biblioteca*; Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento no es muy comprensible (8); pero el propio Montalban, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de Amescua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz ALARCON blanco de una sátira, que á primera vista parece la más encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo ó Góngora contra ALARCON (9); se conservan trece décimas (10) de los autores ántes indicados, entre quienes vuelvé Quevedo á contarse; consérvase ademas algun epigrama suelto y porcion de seguidillas (11), todo encaminado á poner á DON JUAN DE ALARCON en ridiculo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos; allí ademas le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *Las paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de ALARCON para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio; dícese en una de ellas que ALARCON «tiene por amigos hombres de cordelejo»; se dice asimismo en una décima que «se le esperaba y habia faltado»; de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Ceá en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripción; y él, que probablemente escribiria despacio, porque sus obras no son muchas, y revelan todas meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Amescua, Luis de Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto don Diego, que no se sabe si seria Muget, Figueroa ó cual, porque no consta el apellido. Salió, como aseguran los autores de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco (*); y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistiria ALARCON: falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó con las décimas por lo ménos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad; todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas consta de once versos: distraído estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen (12) dado en una academia, en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiéndole que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á DON JUAN DE ALARCON en las coplas de los trece; burla en la cual se cargaria más la mano, por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaba mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír necedades, así como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de *Las paredes oyen*, en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra:

¿Satirizas?—No conviene;
Que esto solo puede hacer
Quien no tiene qué perder,
O qué le digan no tiene;

Pero yo, ¿cómo querias
Que predique sin ser santo?
¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?

ALARCON, por lo que dan á entender estos versos, debía ser de carácter pacífico, lo cual bastaba para que se le atreviesen; debía vivir retirado (13), y sobraba con esto para que se le juzgara con

(*) Fuéron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron en obsequio del príncipe de Gáles á 21 de agosto de 1623, segun refiere Leon Pinelo en su historia manuscrita de Madrid. «A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el licenciado DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, como de su grande ingenio.» — Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarle muchas á uno; por eso dice Lope con sobrada razon en su décima, «que es tambien cosa cruel echarle la culpa á él de lo que la tienen tantos.» A pesar de todo, Pinelo, como se ve, alaba el poema. Yo no he podido haberle á las manos.

rigor: á quien no se ve, mal se conoce; todas las injusticias que se hacen los hombres, al juzgarse en el trato civil, nacen por lo comun de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de ALARCON no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público, porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entónces fácilmente se perdonaban. Era ALARCON escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella extrañeza que apuntó Montalban, la cual amortiguaria el brillo de las bellezas, poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo comun: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro es divertirse. Sus graciosos no eran bufones: otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo; sus enamorados eran poco discretadores y no muy pendencieros, por lo cual parecerian frios; sus damas (y esta sí que realmente era falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prosáicas (14), por lo cual en varias comedias de ALARCON flaquea tambien el interes. Introducía mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnanté situacion de un hombre luchando con una señora, y el odioso carácter de la mujer que terciaba en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una versificacion más limpia que música, una locucion más exacta que pintoresca; y dígase si no era preciso que un auditorio acostumbrado al tono enfático y campanudo de muchos autores estimase poco las comedias de DON JUAN ALARCON, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. « Esto es trivial (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Príncipe); estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto. »

Hoy no es así: para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá ofrece un viso, un tinte, un colorido de antigüedad casi uniforme: objetos distantes entre sí, vistos de lejos aparecen en un mismo plano. La posteridad ha empezado á resarcir, á premiar á ALARCON; la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro; ántes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, ALARCON es el que más se avecina á la comedia moderna; por ALARCON es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época; pero en ningun otro autor se encontrará ménos prominente ese vicio, ménos grave esa falta de escrupulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilizacion y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la accion en países remotos, ALARCON muy pocas veces eligió argumentos fuera ó lejos de España, y en los asuntos españoles que pertenecen á las edades medias no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros: ALARCON, conocedor de sí mismo y conducido por un instinto de buen gusto excelente, se empleaba en lo que mejor entendia, y vislumbraba á lo ménos lo que debia hacerse. Españoles son los griegos que pinta en su *Amistad castigada* y en *El dueño de las estrellas*; coetáneos suyos son los personajes de *No hay mal que por bien no venga* y *La crueldad por el honor*, que pertenecen á los siglos IX y XI; pero en *La prueba de las promesas* y *La cueva de Salamanca*, todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escaamentada de alguno de sus personajes de segundo orden, y alguna, aunque muy rara vez, una expresion mal sonante á nuestros oídos; pero así, y no más que así, era la cultura de aquella época, y sobre poco más ó ménos tal parecerá la época actual á las edades futuras. Nos desagradará la fisonomía comun de sus segundos galanes y muchas de sus damas; nos entristecerá desagradablemente, por ser caso de inquisicion, su bien escrita comedia *Quien mal anda en mal acaba*; perdonaremos la del *Anticristo* por lo atrevido del pensamiento, y *La manganilla de Melilla* por el buen carácter de Vanégas; leéremos sin enfado *La industria y la suerte*, *El semejante á sí mismo*, *Los empeños de un engaño*, *El desdichado en fingir*, *La culpa busca la pena*, *La amistad castigada*, *La crueldad por el honor* y *El dueño de las estrellas*, y aun la misma *Cueva de Salamanca*; sonreiremos gratamente con *Todo es ventura* y *La prueba de las promesas*. *Mudarse por mejorarse*, *No hay mal que por bien no venga* y *El exámen de maridos* nos arran-

carán la risa á cada escena: risa que se trocará, ya en pasmo, ya en dulces lágrimas, al ver aquel don Fadrique de *Ganar amigos*, tan noble y virtuoso, que salva de la muerte al que le habia muerto un hermano; aquel Rodrigo Villagómez de *Los pechos privilegiados*, que tan alto concepto tenia de la dignidad real y de sí propio, que no podia imaginar que un monarca se valiera de él para una accion fea; aquel terrible Tejedor de Segovia, aquel amabilísimo Garcí-Ruiz de Alarcon, sufriendo constante las vicisitudes de la suerte, cual inmovible peñasco en medio de la mar agitada. Y cuando sonaren en nuestros oídos las sentidas y rigorosas quejas del padre que echa en cara al hijo el degradante vicio de la mentira; cuando veamos á una jóven hermosa refugiarse al amparo de un caballero poco favorecido de la suerte y la naturaleza, huyendo como de una vibora de un amante murmurador, mentiroso de la especie más abominable, porque la mentira del hablador atolondrado puede ser inofensiva, y la del maldiciente es sangrienta; entónces; qué escritor dramático, qué hombre nos parecerá, no superior, no igual, pero ni comparable siquiera al calumniado, al desatendido y olvidado RUIZ DE ALARCON? Ninguno, porque en el templo de Talía solo él descuella como campeon de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza, de toda virtud.

Conmovido el corazon, complacido el entendimiento, halagado el gusto con las bellezas que abundan en el teatro de ALARCON, ¿deberá, podrá el critico reparar mucho en las formas de aquel teatro? No: la cuestion de formas ya está decidida; las del antiguo drama español fueron lo que las circunstancias de la época permitian: con esa forma se han escrito excelentes obras; no despreciemos un instrumento útil. El precepto de *una accion sola en un lugar y un dia*, utilísimo para muchos asuntos escénicos, no es aplicable á todos; nuestros poetas antiguos le desatendieron mil veces con poca necesidad; mil veces tambien obraron juiciosamente en desatenderlo. A falta de estudios clásicos han atribuido muchos esa licencia de nuestros poetas; los ingleses y alemanes del siglo pasado y el presente, muy versados en aquel estudio; los franceses, y tras ellos nosotros, despues de haber ensalzado la ley de las tres unidades, hemos vuelto á la forma establecida por Lope, considerando, como él, esencial para el drama la unidad de accion, y dependientes de la accion las unidades de lugar y de tiempo. Esto practicó ALARCON en sus comedias, quebrantando la de lugar con muchísima frecuencia, y limitándose en la de tiempo á dos dias en alguna pieza, á cuatro ó cinco en otra, á una hora sola en *La prueba de las promesas*. Mucho se ha censurado la mezcla de géneros en el teatro español antiguo: ALARCON afortunadamente nos ofrece más de un modelo de la comedia terenciana, de la comedia pura; ALARCON es el clásico de nuestro teatro antiguo. De las otras composiciones suyas, que pertenecen al género mixto, llamado unas veces tragicomedia, tragedia urbana otras, drama sentimental despues, y hoy lisa y llanamente drama, no hay ya qué decir, habiéndose hecho tantas y tan vigorosas defensas de este género al vindicar á nuestro teatro antiguo, cuyo caudal se compone de dramas principalmente: el drama, la mezcla de lo festivo y lo patético, está en la naturaleza, y puede estar en el arte, que la imita, por lo cual desde Menandro acá en todos los teatros del mundo ha habido dramas. Drama es *El cable* (*Rudens*), de Plauto; drama *Los cautivos*; drama *La Suegra* (*Hecyra*) de Terencio, y en el mismo *Anfitrión* el personaje de Alcúmena pertenece al drama. Un drama fué la primera obra de mérito que produjo el clasicismo en España: *El delincuente honrado*; la primera obra y la última de nuestro gran clásico Moratin, *El viejo y la niña* y *El sí de las niñas*, tienen escenas puramente de drama; si quisiéramos proscribir el drama los españoles, no nos quedaria teatro. Apreciemos pues los buenos dramas de ALARCON lo mismo que sus buenas comedias, porque todas las bellezas artísticas deben apreciarse. ALARCON, dotado de imaginacion ménos viva que sus competidores, pero por lo mismo extraviándose ménos; inferior en fecundidad, pero más vario, y por lo mismo más original y más nuevo; superior en luces á muchos, en gusto, correccion y filosofía á todos, es en mi concepto, si no tan gran poeta dramático-lirico-caballeresco como Lope, Calderon, Tirso y Moreto, igual á ellos como escritor dramático de costumbres, y los excede como autor dramático de carácter. Si este juicio pareciere demasiado atrevido, fácil me será conciliar todas las opiniones, evitando un paralelo difícil. ALARCON cultivó un género que no era el de Lope: no comparemos cosas desemejantes; conservemos á Lope su templo donde reciba adoraciones del mundo entre Shakespeare, Schiller y Goethe, Moreto, Calderon y Tirso de

Molina; pero en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière, coloquemos el ara de ALARCON como ara de alianza, como vinculo entre el romanticismo antiguo y los clásicos modernos, entre el Romancero y el Gil Blas, entre el siglo de Carlos V y el de Luis XIV. Allí, léjos de los que le injuriaron de burlas ó veras, podrá ALARCON recibir el incienso que le es debido, sin que ofendidas y envidiosas se agiten en sus plintos las marmóreas efigies de sus competidores.

NOTAS AL DISCURSO PRECEDENTE.

(1) El nombre genérico de comedia... significaba entonces fábula dramática ó drama.

(2) Toda produccion dramática era llamada comedia en teniendo tres actos.

Lágrimas panegricas á la temprana muerte del gran poeta Juan Pérez de Montalban. Madrid, 1659.

Dice en este libro don José Pellicer de Tovar Abarca, en un discurso titulado: Idea de la comedia de Castilla:

«No se le pasó por alto que, aunque todas las acciones que se representan, ya sean historias, ya novelas, ya fábulas, están por el uso comprendidas con el nombre, al parecer genérico, de comedias, no todas lo son; porque... la tramoya es fábula; aquella donde se introduce rey ó señor soberano, es tragedia; donde muere el héroe, que es el primer galan, es tragicomedia; y solo propiamente se llama comedia la que consta de caso que acontece entre personas particulares.»

(3) Trasladado á Sevilla, luego á Madrid.

Ignoro en qué tiempo y de qué edad hizo ALARCON el viaje de Indias á España; sábese empero, como en el prólogo queda manifestado, que tenia escrita la comedia intitulada La industria y la suerte antes del nacimiento de Felipe IV, acaecido en 8 de abril de 1605. En aquella comedia son de notar los versos que copio (acto 1.º, escena 7.ª):

En la tierra donde estás,
Es el linaje del rico
El que á todos deja atrás.
No se opone á la riqueza,
Si es pobre, aquí la nobleza;
Que si he de decir verdad,
Dineros son calidad...
Y la pobreza es vileza.
Mira no te desenfrenes
Fiado en tu sangre noble;
Porque él, si á contienda vienes,
Más amigos tendrá al doble
Que gotas de sangre tienes.
En la corte son fautores
Aquellos grandes señores,
Con razon, de la nobleza;
Que como en ellos se empieza,
Defiendenla sus autores.
Mas como en este hemisfero
Es el uso más valido
Tratar y buscar dinero,
A todos es preferido
Aquel que lo halla primero.

Y El semejante á sí mismo principia con este diálogo, reparable igualmente:

DON JUAN.
¡ Hermosa vista !
LEONARDO.
Un abril
Goza en sus puertas Sevilla.
DON JUAN.
Es otava maravilla.

LEONARDO.
Ya la fama cuenta mil.
SANCHE.
Yo sé siete maravillas
Nuevas.
Es segunda maravilla
Un caballero en Sevilla
Sin ramo de mercader.

Particularidades como estas, difícilmente hubiera podido saberlas ALARCON sin residir en Sevilla; y no siendo muy lisonjeras para los sevillanos, infiérese que residió en dicha ciudad antes que escribiera dichas dos comedias para los teatros de Madrid. La permanencia de ALARCON en Sevilla no hubo de ser corta, pues aparece como uno de los poetas avecindados y muy conocidos en la ciudad, en un manuscrito precioso que posee el señor don Aureliano Fernandez Guerra, quien lo tiene con bastante fundamento por obra de Cervantes. Carece de fecha y firma, y no es original, sino copia hecha por algun escribiente andaluz no muy hábil, y que trocaba las cc y zz con las ss; el estilo se asemeja mucho al de El ingenioso Hidalgo. A fin de que le juzguen nuestros lectores, y asimismo porque en él se habla de ALARCON varias veces y se copian versos suyos, creo conveniente insertar aquí el principio y algunos trozos considerables del manuscrito.

I.

Carta á don Diego Astudillo Carrillo, en que se le da cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarche el dia de Sant Laureano.

« Conozco que soy deudor de una palabra que os di, y trato de cumplirla ahora; que ya que es forzoso ser esta paga en mala moneda, porque corre así la de mi caudal, quiero á lo ménos ser puntual, tanto en no perder ocasion como en referir fiel y legalmente la fiesta de Aznalfarche el dia de San Laureano, donde, como sabeis, se determinó celebrar con un torneo, comedia y otros juegos la transferida festividad de Santa Leocadia; y deciros los muchos hermanos y devotos desta cofadria que, cuáles de luz y cuáles de sangre, se hallaron allí y ayudaron á este piadoso intento; y no referiré, pues lo sabeis, cómo todo esto tuvo fundamento y principio en el ingenio y valor de don Diego Jimenez, hermano mayor desta hermandad, que firmando el cartel de desafio, dió ocasion á que diversos aventureros hiciesen lo mesmo; pero no todos los que firmaban se admitian, no habiendo sido de los del primer viaje; y así las causas que dieron los nuevamente recibidos en este para serlo, fuéron las siguientes.»

« El primero que las exhibió ante el Presidente fué Cipriano de la Cerda, diciendo que él era tan caballero y de tanto valor y ánimo, que sustentaba sus caballos (a) con más regalo que los de su caballeriza el mesmo Rey, como constaba de uno que al presente tenia, de que haria presentacion en caso necesario, el cual en muchos dias no habia comido otra cosa sino es miel rosada; y que esto le habilitaba para ser admitido en el torneo, pues semejantes cuidados nunca suceden sino es á personas muy ejercitadas en semejante acto de tornear. Dudóse mucho si

(a) Tumores ó apostemas.